

Autoengaño

Palabras para todos y sobre cada cual



Rafael Ángel Herra


EDITORIAL
UCR

Autoengaño

Palabras para todos y sobre cada cual

Rafael Ángel Herra



EDITORIAL
UCR
2012

CR864.4

H564a Herra Rodríguez, Rafael Ángel, 1943-
Autoengaño : palabras para todos y sobre cada cual
/ Rafael Ángel Herra Rodríguez. – 1. ed., 1a reimpr. –
San José, C.R. : Edit. UCR, 2012.
x, 172 p.

ISBN 978-9977-67-997-6

1. ENSAYOS COSTARRICENSES - COLECCIONES.

CIP/2326

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2007
Primera reimpresión: 2012

Ilustración y diseño de portada: *Alberto Murillo Herrera*.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Contenido

<i>Presentación</i>	<i>ix</i>
---------------------------	-----------

Primera parte **Speculum**

1	Tentar a Yahvé	3
2.	La fascinación de sí mismo	5
	1. <i>Condenar mis defectos en el otro</i>	6
	2. <i>Jamás soy tan malvado como los demás</i>	9
	3. <i>Las desdichas de otros</i>	11
3.	El jardín de las delicias.	13
4.	La metáfora del autoengaño	17
5.	El autoengaño es un viaje al espejo	23
	1. <i>El espejo es veraz</i>	25
	2. <i>La seducción, comadrona de autoengaño</i>	25
	3. <i>La denegación o, mejor, las denegaciones</i>	26
	4. <i>La víctima</i>	27
	5. <i>También el machismo</i>	28
	6. <i>La confesión</i>	29
	7. <i>En el enamoramiento</i>	32
6.	Autoengaño y desculpabilización: patrones de autoengaño	33
	1. <i>La conciencia moral</i>	33
	2. <i>El proceso de remisión</i>	35
	3. <i>El síndrome de la buena fe</i>	35
	4. <i>Cumplimiento del deber o síndrome del inquisidor</i>	37
	5. <i>Confusión de fines y medios</i>	39
	6. <i>Procesos de desculpabilización</i>	40

7.	<i>Patrones de autoengaño, en breve</i>	41
8.	<i>Quid pro quo</i>	42
9.	<i>Otros patrones, denominados</i>	44
10.	<i>Modificación perversa de una regla de conducta</i>	46

Segunda parte
Idola tribus

7.	El sistema paraíso	51
	1. <i>Permisi3n, restricci3n y castigo</i>	52
	2. <i>Seduci3n y deseo</i>	52
8.	Los sue1os del paraíso terrenal	55
	1. <i>Descubrir o conquistar el paraíso</i>	55
	2. <i>El Requerimiento o la imposici3n del paraíso</i>	59
	3. <i>El hombre universal de la modernidad</i>	63
	4. <i>Excursu sobre la conquista de la naturaleza</i>	65
9.	Globalizaci3n y 3tica no predicativa	71
	1. <i>Dos fuentes de moralidad</i>	71
	2. <i>El estatus de lo ficcional</i>	72
	3. <i>Los medios de masas</i>	74
	4. <i>3tica no predicativa y autoenga1o</i>	78
10.	Las construcciones imaginarias	83
	1. <i>Los gigantes del autoenga1o</i>	83
	2. <i>Las sombras de la caverna</i>	85
	3. <i>El peligroso encanto de Werther</i>	86
	4. <i>Las metonimias de la cultura</i>	88
	5. <i>Cultura global</i>	89
	6. <i>La otra moralidad</i>	91

Tercera parte
Opus diaboli

11. Encantadores me persiguen...
Autoengaño y ficción en don Quijote97
1. *El narrador/traductor*97
 2. *Filosofía y literatura*100
 3. *El mito de los encantadores*101
 4. *Caballero de los espejos*104
 5. *Trueques y mudanzas en el retablo de las maravillas*107
 6. *La locura de don Quijote*110
12. Los trucos del demonio:
teología aterradorante de los intelectuales ..117
13. Racismo y autoengaño129
1. *El espectáculo de los pueblos prohibidos*129
 2. *El racismo de las semejanzas*132
14. Interculturalidad y delito137
1. *La fuerza de la cultura*137
 2. *Los traslapes culturales*141
 3. *El traslape como idea regulativa*144
15. La lealtad es un pacto fáustico147
1. *La obligación libre*147
 2. *La obligación forzada*149
 3. *Conflicto de lealtad*151
16. Kant y el autoengaño153
17. Las ambigüedades éticas157

Epílogo ficcional sobre cómo rizar el rizo	161
Nota	163
Acerca del autor	169

Primera parte
Speculum

Tentar a Yahvé

El autoengaño es tan poderoso que incluso actúa en el alma de Yahvé. ¿No llega acaso el demonio a tentarlo para que ponga a prueba la fidelidad de Job: «extiende tu mano y tócalo en lo suyo, veremos si no te maldice en tu rostro»? Esta seducción es inmensa, insoportable. Satán logra que Yahvé rompa la lealtad debida al hombre que le es leal y lo aplaste contra el polvo. Díjole Yahvé a Satán sobre Job: «Mira, todo cuanto tiene lo dejo en tu mano, pero a él no lo toques»; y, sin embargo, sí lo toca porque se impone otra vez la fuerza seductora del mal sobre el Rey de Reyes y Yahvé reincide en el pecado del orgullo y se pavonea ante Satán por la santidad de Job: «¿No has reparado en mi siervo Job, que no hay como él en la tierra, varón íntegro y justo, temeroso de Dios y apartado del mal?» Admite Yahvé también en esta ostentación que ha perjudicado al siervo para complacer al demonio; Job, le dice, «aún persevera en su perfección a pesar de que me incitaste contra él para que sin razón lo arruinara.» Satán vuelve a retarlo: «Si extendieses tu mano y tocaras su hueso y su carne, veríamos si no maldeciría tu rostro»; y puede escuchar triunfante cuando Dios le responde: «Ahí lo tienes a tu disposición...» La tortura parece encontrar legitimidad en el texto del profeta.

Yahvé peca de orgullo y se exhibe por su falta de lealtad hacia Job. Satán se vale de su debilidad para

tentarlo victorioso. ¿No es esta acaso una manera ambigua de sugerir que el mal es negocio del diablo, pero no de Yahvé?

La lección de los profetas e inspiradores morales es muy curiosa: si Yahvé no resiste el poder del demonio, ¿cómo podrá resistirlo el hombre?

La fascinación de sí mismo

Hablar del autoengaño equivale a mirarse en el espejo. Nuestra imagen nos fascina y nos rechaza. Sabemos que somos ese cuerpo reflejado, el rostro lleno de minuciosos defectos y, sin embargo, casi siempre arreglamos las cosas para creer que los detalles desconcertantes no son tan significativos como aparecen en el primer golpe de vista: variamos el ángulo, corregimos la luz para evitar reflejos perniciosos, llegamos incluso a auscultarnos la piel en un espejo de aumento para luego volver más tranquilos a la imagen normal con un guiño de complicidad. Nos vemos más o menos bellos y tenemos la esperanza de que las demás personas nos vean mejor de lo que nos dicen los reflejos del desencanto. El espejo nos devuelve un retrato bochornoso, pero no aceptamos ser tan feos. Si alguien nos señala algún defecto, reaccionamos a la defensiva.

Vamos por la vida confundiendo las motivaciones secretas de nuestros actos, para no tener que encararlas y con la agradable certeza de que los equivocados son todos nuestros congéneres, todos, excepto yo. Les llevamos la cuenta de sus actos a los demás y acallamos (no sin sospecha) lo que nos atañe a nosotros mismos. No nos inspiramos en un solo código de conducta válido por su humanidad; más bien, aceptamos a la vez muchas reglas y modelos de conducta, incluso cuando se oponen entre sí y acatamos lo que dicen por conveniencia o por el favor de las circunstancias.

Los fenómenos del autoengaño acontecen en un *dominio intermedio* entre las experiencias emocionales y la conciencia moral, cuya exploración aproxima el trabajo de la ética y el de la psicología; tampoco resulta extraño que se hayan ocupado de él tanto los psicólogos como los filósofos éticos y los escritores de textos narrativos y dramáticos. Mi punto de vista se centra en la conciencia moral.

Me propongo esquematizar las conductas del comportamiento autoengañoso. Estos esquemas; sin embargo, no son determinantes de la conducta ni significan que al actuar obedezcamos con los ojos vendados a patrones específicos. Tampoco implican la tesis disfrazada de que la conducta humana responda por fuerza a relaciones mecánicas. La formulación *fenoménica* de estos esquemas y su descripción permite conocer y explorar con más hondura el corazón humano.

Desde el punto de vista terminológico, podemos remitirnos a esquemas, patrones, estereotipos, modelos, formatos, clisés e incluso a artificios. Se trata de fórmulas de desculpabilización que conforman acciones autoengañosas. Me referiré a ellas más adelante. Ahora solo quiero mencionar la primera fórmula, el comportamiento primordial del autoengaño.

1. Condenar mis defectos en el otro

La primera forma del autoengaño es la más sencilla y aterradora: mi relación especular con los demás. El otro me repugna cuando percibo o sospecho y rechazo características mías en su manera de ser, en su carácter, incluso en los gestos triviales de su cuerpo. Por eso mismo, si descubro en él lo que me disgusta de mí mismo, me inclino de manera espontánea a agredirlo o, al menos, a rechazarlo y descalificarlo. Me resulta más fácil identificar un defecto mío en el otro que en mi persona. Condeno *mis* vicios

con mucha facilidad cuando están fuera de mí. Esta práctica es muy curiosa: castigar en mis congéneres los rasgos que me resultan desagradables, si los vislumbro en mí mismo, equivale a un autocastigo sin dolor, a una culpa aliviada.

El otro reproduce mi reflejo

- a) Cuando me describe, así no más. Se trata aquí del procedimiento más sencillo y menos ambiguo. El otro me juzga, me habla de mí mismo en su presencia fantasmática.
- b) Cuando encarna mis defectos en su cuerpo y en su manera de comportarse.
- c) Cuando el otro es un punto de referencia gracias al cual puedo contraponer mis virtudes a sus vicios, su suerte a la mía.
- d) Cuando me percibo como si fuera otro.

Es preciso enfatizar una idea: la ambigüedad de la imagen especular, con sus entresijos temibles, sus complacencias y su fascinación, posibilita y pone en movimiento el autoengaño. También la imagen especular suministra ya un modo de percibir al otro, una especie de mediación por la cual el otro se me aparecerá siempre más o menos interferido por mi imagen especular. Hay que admitir una paradoja: *el autoengaño no es jamás un fenómeno confinado en mí mismo, sino que remite siempre a los demás*. Mi conducta llega a ser autoengañososa porque *existen* los otros y sus intereses no coinciden con los míos.

Los mitos del espejo revelan, en lenguaje simbólico, la existencia de ciertos fenómenos relativos a la autopercepción que incorpora al otro. La imagen del espejo hablante o asesino sugiere una forma de disfraz de la conciencia moral gracias al cual la conducta sustituye las motivaciones verdaderas por razones ficcionales. Tal mecanismo explica la fascinación y el enigma del espejo. La réplica de mi imagen es o, más bien, se me aparece

como algo objetivo y a la vez misterioso. Si no me gusta ese retrato vivo y desafiante, debo buscar la forma de tolerarlo, rehacerlo o adaptarlo a mi propio beneficio. Este proceso interior tan particular se produce cuando el sujeto moral se enfrenta consigo mismo dando un rodeo por la imagen especular. El reflejo es el lugar real y el espacio simbólico en el cual convergen los factores propios del autoengaño. Todavía hay más. El espejo representa una plataforma privilegiada del autoengaño, el cual empieza cuando me veo en situación de comparar la imagen objetiva de mí mismo, es decir, mi imagen especular, con mi manera subjetiva de percibirla. Pongo en el otro la función de acusar (el otro *mata* con la mirada) pero se la niego de inmediato y en esta negación se organiza el hecho autoengañoso.

Los lectores recordarán varios de mitos y obras literarias alusivas al espejo y al drama del héroe cuando se percibe como la causa de un hecho infame. La suerte de Blancanieves depende de un espejo o, más bien, de lo que la madrastra cree ver u oír en él. La reina le pregunta quién es la más hermosa. Hasta cierto punto el espejo responde lo que ella de algún modo sabe o desea saber al interrogarlo.

No podemos evitar una sospecha: las respuestas varían según sea capaz la madrastra de juzgarse a sí misma en comparación con la hijastra.

Por vías distintas y en relatos distintos, el espejo de la madrastra de Blancanieves y el escudo de Perseo cumplen la misma función y producen un efecto similar. La Gorgona muere petrificada en el instante mismo de verse en el metal bruñido que le antepone el héroe. El monstruo no puede percibirse reflejado porque solo es monstruo para los otros. El espejo le dice otra cosa, una verdad insoportable: también es monstruo para sí mismo. La fascinación de Narciso ilustra esta experiencia vertiginosa de hallarse fuera de

sí. Narciso se acepta, se ama tal como se ve en el fondo del estanque y se eterniza. Dorian Gray, en cambio, se odia. El retrato es el lugar oscuro al cual el personaje repliega una parte de su existencia, el mal. Destruir este retrato, reconociéndolo por eso como suyo, equivale a destruirse con él.

Algo similar sucede en el drama trágico antiguo. Cuando el héroe cae en la cuenta de su identidad se produce un acontecimiento esencial en toda tragedia, como si el horrible pasado se reflejase de golpe en el espejo: Edipo reconoce quién es, toma conciencia de que él mismo es el otro, el parricida incestuoso que retó a los dioses, el criminal en quien replegó la culpa de los males de Tebas: condenando al otro se ha condenado a sí mismo. La tragedia es un retrato hablado en el cual el héroe se va describiendo como si fuera otro, hasta que en un momento dado le resulta imposible seguir autoengañándose.

Compararnos con la pasión o la maldad del héroe desdichado nos ayuda a percibirnos a nosotros mismos. Pero no haría falta volver al género trágico para ilustrar estas observaciones; bastará con fijarnos en la prensa amarillista y en las series melodramáticas de la televisión que les permiten a nuestros congéneres consolidar sobre nuevas bases una creencia subyacente a toda valoración de la propia existencia: *siempre encuentro a alguien a quien le va peor que a mí y nunca soy tan malo como los demás*. Si la imagen especular constituye el primer patrón de autoengaño, a partir de él se organizan otras fórmulas, también especulares, de valorarnos con respecto a los demás.

2. Jamás soy tan malvado como los demás

Por lo general, trátase de personas reales (tal y como son o creemos que son) o de personajes ficcionales, los demás se nos imponen como medida de comparación.

Este vínculo comparativo casi nunca es indiferente. Para aliviar el ardor de los celos y evitarnos la imagen desteñida de nosotros mismos, tomamos como punto de referencia a personas reales cuya suerte es inferior a la nuestra o a los protagonistas de los dramas ficcionales representados en las obras de arte y en los medios de masas.

En esta relación especular la imagen del otro es un basurero al cual se arroja lo sucio, el desecho, lo inservible. Estamos en presencia de un sedante o, para decirlo con la figura de Óscar Wilde, lo desagradable va quedándose impreso en el *retrato, afuera*. Esta forma de autoperibirme en comparación con mis congéneres me gratifica. Después de todo me interesa conservar la tranquilidad a toda costa.

La prensa amarillista abre el mismo horizonte de posibilidades. La información describe el hecho criminal, retrata los daños, las perversiones del malhechor. Nada más parecido a la verdad que las fotografías. De ahí el despliegue, los grandes formatos, el detalle demoledor. Ante todo cuando aparecen en el noticiero de la pantalla chica, las imágenes son elocuentes: la cámara nos aproxima al lugar de los hechos, nos muestra a las víctimas, tal vez al autor del crimen. Es cierto: la imagen *parece* mostrarnos la verdad. También podemos imaginarnos al asesino escondido, urdiendo nuevos planes, añejo, en un lugar sucio y frío, y con la barba crecida, como una caricatura. Por sobre todas las cosas nos fascina la persecución policíaca, mezcla de novela de aventuras y cacería. El asesino es malo, se lo merece; y yo, como no soy tan malo, no estoy en su lugar. En su lugar están los que son como él.

Es curioso: la maldad de otros me lava la conciencia porque la veo como punto de referencia y distanciamiento, *Verfremdung*, a lo Brecht. El bueno se percibe como bueno gracias al malo. Agradece que existan los

malos para sentirse bueno. Yo me siento mejor cuando encuentro a otros peores que yo. La información amarillista contribuye a cerrar un ciclo de autoengaño. ¿Pero no equivalen a eso también la literatura, las artes, el drama? ¿Cuál es la diferencia? Volvamos al viejo Aristóteles: la tragedia (la pasión ficcional de otros, no la mía) nos purifica, nos mueve a la conmiseración y al temor, y esto produce placer: «nos gusta poder contemplar la imagen de aquellos seres cuyo original resulta doloroso o triste, reproducido con la mayor exactitud posible...» ¿Cuál es la diferencia, aquí, entre la prensa sensacionalista y la obra de arte? ¿Habremos de afirmar que la belleza del arte se nutre de ese peculiar acontecimiento del alma humana llamado autoengaño?

3. Las desdichas de otros

La prensa amarillista se complace en reproducir las desdichas de las personas. ¿Por qué leemos, fascinados, reportajes sobre héroes a los que les ocurre todo y tantas veces ni siquiera pueden defenderse? Pero esas historias no solo circulan en la prensa de sexo, escándalo o deportes (temas que disfrazan el machismo) sino que forman parte también del material narrativo de todas las culturas. Muchos héroes parecen sobrellevar una oscura y todopoderosa mala suerte y nada les ayuda. Son tristes, solo ven jueces sin piedad en los rostros de sus congéneres, están solos, en una irreparable soledad. Observándolos, apiadándonos de ellos, nos arrojamos una vez más en los cálidos brazos del autoengaño. No es raro que la desdicha ajena me reconforte: si al otro le va peor que a mí, yo no estoy tan mal. Los pesares del vecino alivian mi pesar. Lo importante es encontrar a alguien cuyo infortunio, por comparación, enmascare la imagen que me he forjado de mí mismo. El éxito de la prensa sensacionalista consiste en darle al lector referentes que, al

menos en su fantasía, lo liberen de la *imago* maltrecha de sí mismo que lo asedia con frecuencia.

Y no hay que excluir la posibilidad del triunfo. La prensa de sensaciones nos enseña dos cosas, sin duda motivo de alegría:

1. si el malo fracasa, me digo: como no soy tan malo, no fracasaré;
2. si el malo triunfa, como no soy tan malo, triunfaré con más facilidad que él;
3. si el miserable fracasa, me digo: yo, que no soy tan miserable, no estoy condenado a fracasar;
4. si el miserable triunfa, triunfaré con mayor facilidad que él.

El resultado es paradójico. La prensa de sensaciones termina cumpliendo una función moralizadora, en sentido positivo o negativo, exaltando el bien o el mal. A los lectores les sirve para confrontar su suerte con la de otros, «estrellas» y «personalidades.» Por lo general, esta comparación no les resulta desfavorable porque, en última instancia, les queda la posibilidad de identificarse con ellas. Más adelante se verá el interés de mencionar aquí este tema.

El jardín de las delicias

El autoengaño es una forma de autopercepción de lo que hago, adecuada a mis deseos, valorativa y orientada a calificar mi cuota de responsabilidad en los resultados. En palabras más sencillas: al observar mi conducta y la conciencia moral que la constituye, tiendo a valorarla de modo congruente con mis intereses. Este acto de conciencia moral es espontáneo.

En su condición de agente moral, ¿cómo puede una persona cualquiera y en cualquier momento activar en su beneficio y con cierto margen de triunfo, tantos y tan poderosos recursos productores de buena conciencia? Es como si aplicara una regla incondicional de la desculpabilización, la ley *perversa* que dice: *actúa de tal manera que la máxima de tu acción sea la de no sentir culpa, no importa lo que hagas.*

El autoengaño es *a-lógico*, pero también *i-lógico* en su juego de motivaciones, contradicción de la conciencia moral consigo misma: entre lo que hace y lo que dice cuando valora lo que hace. No estamos ante una aporía lógica, sino ante una condición de la conciencia a la que no le importan las contradicciones si su deseo es la congruencia moral y –¿por qué no?– emocional.

El autoengaño sucede de muchas maneras:

1. Me justifica (o me da la ilusión de disculparme) ante mí mismo y ante los demás por lo que hago o dejo de hacer,

2. transforma en beneficio propio la autopercepción y la percepción de los demás,
3. sesga en mi beneficio los conflictos de intereses,
4. adapta la realidad (o su percepción) y las conductas que se derivan de ahí al punto de vista personal, al del grupo o incluso al de la cultura,
5. elige la fuente de deber más apropiada a mis deseos o intereses,
6. me permite castigar en los demás mis propios vicios sin que yo los asuma como propios,
7. me ayuda a burlar los conflictos de lealtad, resolviéndolos en beneficio propio,
8. me salva de un examen de conciencia cristalino sobre mi manera de actuar y de relacionarme con los demás,
9. enmascara las fuentes de mi conducta,
10. alivia el dolor que muchas veces me deparan mis actos,
11. da las coartadas de superioridad a mi cultura en detrimento de culturas ajenas,
12. legitima las construcciones imaginarias que sirven para justificar actos aislados, conductas genéricas y percepciones de la realidad,
13. facilita coartadas de exculpación, etc.

El autoengaño se produce porque existe el otro; o bien, el otro me devuelve mi imagen especular y da testimonio de mí en la medida en que, justificándome a mí mismo, doy testimonio de él y de los patrones éticos en los cuales estoy inmerso. Esos patrones me abren la posibilidad del autoengaño. En esta posibilidad radican los límites de todo sistema ético.

Tal parece que no se puede vivir la realidad sin ficciones —ese es un rasgo sorprendente del autoengaño—. Las ficciones se convierten en motivos justificadores de la acción moral. Cuando no hay dignidad en la imagen reflejada, el autoengaño se encarga de ocultar esta revelación (1).

-
- (1) El autoengaño atrae poco la atención de los filósofos, salvo grandes temas como el mito de la caverna, la mala fe o la disonancia cognitiva y la racionalización –que más bien son aportes de la psicología– para citar unos pocos temas. Mayor es el interés por parte de distintas corrientes de esta última disciplina y aun de campos teóricos tan particulares e ideologizados como la sociobiología. Más ricos son los textos de ficción, el drama, sobre todo la tragedia antigua, el relato, los cuales incluso se nutren en los conflictos del autoengaño, aunque no utilicen ese nombre.

Sugiero algunos títulos teóricos:

Daniel Goleman: *Vital Lies, Simple Truths. The Psychology of Self-Deception*, Simon and Schuster, Nueva York, 1985. Hay una traducción al español: *La psicología del autoengaño*, Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1997.

Volker Sommer, *Lob der Lüge. Täuschung und Selbstbetrug bei Tier und Mensch*, DTV, Munich, 1994. Este libro se ocupa del autoengaño desde el punto de vista de la sociobiología. Incluye una selección bibliográfica.

Silvia Bello, «La racionalidad y el autoengaño», en *Crítica*, XVI,45 (1983), pp. 25-49.

Antonio Freire, «Conceito Histórico-Filosófico de Mentira», en *Revista Portuguesa de Filosofia*, 34 (1980), pp. 367-401.

Ruben C. Gur y Harold A. Sackeim, «Self-Deception: A Concept of a Phenomenon», en *Personality and Social Psychology*, 37, 2, (1979), pp.147-169.

Anthony Palmer, «Characterising Self-deception», en *Mind*, 88, 349 (1979), pp. 45-58.

Alfred Mele: «Recent Work on Self-Deception», en *American Philosophical Quarterly*, 124, 1 (1987), pp. 1-15.

Alfred Mele: «Self-Deception», en *The Philosophical Quarterly*, 33, 133, pp. 365-377.

Béla Szabados: «Self-Deception», en *Canadian Journal of Philosophy*, IV, 1 (1974), pp. 51-68.

Harold A. Sackeim y Ruben C. Gur: «Voice Recognition and the Ontological Status of Self-Deception», en *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 5 (1985), pp. 1365-1368.

Es interesante un libro reciente sobre la función cultural del canibalismo:

Christian Moser: *Kannibalistische Katharsis. Literarische und filmische Inszenierungen der Anthropophagie von James Cook bis Bret Easton Ellis*. Bielefeld, Aisthesis Verlag, 2005.

Rafael Ángel Herra

Con una docena de libros de ficción, ensayo, poesía lírica, un radioteatro, artículos periodísticos, autor principal de un largometraje, Rafael Ángel Herra es Doctor en Filosofía (Maguncia), catedrático y por muchos años Director de la Revista de Filosofía de la UCR, profesor huésped en las Universidades de Banberg y Giessen, también es miembro de la Academia Costarricense de la Lengua y fue Embajador en Alemania y en la Unesco.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Estas páginas se ocupan de un tema insensato.

Cada cual adivina al demonio en el prójimo, al que rara vez ama como a sí mismo, y cree andar por el mundo con el ángel de la guarda a su lado...

El autoengaño es un acto espontáneo por el cual la conciencia se desculpabiliza, «justificándose» por ejercer la violencia sobre los congéneres o por darse cuenta de que actúa contra algo que al mismo tiempo valora.

La colección de textos de este libro es un intento múltiple de entender los mecanismos, las expresiones, los patrones, la lógica y los recursos del autoengaño.

Para hablar de estos mecanismos –si se quiere hacer un trabajo de observación autocrítica– es preciso despojar el camino de dos autoengaños triviales: 1) que solo se autoengañan los demás y yo no; que yo, por lo general, tengo razón. 2) que el autoengaño es esporádico y sin verdadera importancia en nuestra existencia.

El hilo conductor atenta contra las delicias del narcisismo moral.


Autonomía
Universitaria
Condición de un pueblo libre

ISBN 978-9977-67-997-6

